



Laurent Mauvignier

ALREDEDOR DEL MUNDO

Traducción del francés
Juana Salabert



 NOCTURNA
EDICIONES



Título original: *Autour du Monde*

© de la obra: Les Éditions de Minuit, 2014

© de la traducción: Juana Salabert, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: octubre de 2020

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación
del Institut Français

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Estugraf

Nuestro agradecimiento al CNL por su ayuda

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-17834-56-2

Depósito Legal: M-22649-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Simon y Aliénor

«Le parecía que ciertos lugares de la tierra debían de ser pródigos en felicidad, como una planta característica de un determinado terreno que crece mal en cualquier otro sitio».

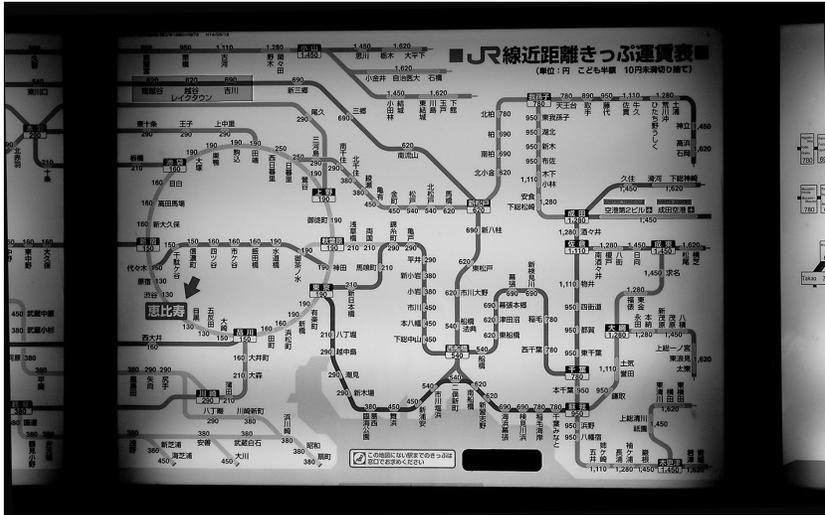
GUSTAVE FLAUBERT

«Mientras usted termina de leer esta frase, un Boeing habrá despegado o aterrizado en algún lugar del mundo».

BRET EASTON ELLIS

«Crees que vas a hacer un viaje, pero pronto es el viaje quien te hace o te deshace a ti».

NICOLAS BOUVIER



© Jean-Stéphane Sauvaire

¿Qué hora será en casa?, se pregunta Guillermo, simplemente por no seguir a la espera y sin nada que hacer mientras fuera, al otro lado del cristal, la imagen de esta chica se mezcla con los reflejos de la barra, con los grandes paneles de espejos y los neones amarillos y rosas dibujándose en el gris del cielo como cuadros colgados del vacío.

Yûko no parece dispuesta a colgar. Y, sin embargo, se dice Guillermo, lleva ya veinte minutos fuera, debe de tener frío. Pero no se está quieta ni un segundo, parece centrarse únicamente en cuanto dice y escucha y, a juzgar por su manera de expresarse, pasa de la defensa al ataque, su irritación se asemeja a breves hipidos o a gritos contenidos, apenas exhalados como bombas de fragmentación. Otras veces, por el contrario, se establecen largos silencios y signos de obstinado rechazo, ella se desinteresa por completo del resto, no se molesta siquiera en echarle una ojeada al interior del bar o en dedicarle

un gesto de agradecimiento a Guillermo por aguardar como lo está haciendo, obediente y sin ni llegar a tocar el onigiri de salmón que tiene ante sí.

La ve ir y venir sobre sus pasos, el móvil pegado a la oreja, la mano aferrándolo como si fuese a su mismísima palma a quien Yûko le reclamara explicaciones. La otra mano, la que podría estar libre de no sostener el undécimo cigarrillo extrafino que ella deja consumirse casi por entero, traza misteriosos arabescos antes de retornar dócilmente frente al rostro. Los dedos se posan entonces sobre la mejilla izquierda y el movimiento de la mano parece calmarse, pero es sólo una ilusión, mantenida durante el lapso de tiempo en que arrima el pitillo a su boca, en el momento en que los labios atrapan el filtro y en el instante, aún más breve, de aspirar una bocanada antes de expelerla sin siquiera darse cuenta. El humo forma una suerte de velo ante esos ojos tan negros y un poco vidriosos, esos ojos aún inyectados en sangre y que ahora parecen del todo indiferentes a la presencia de Guillermo.

«¿Qué hora puede ser en México?». ¿Qué hora será en su casa? Querría representarse México y su barrio a esas horas, imaginarse lo que estarán haciendo sus vecinos, su familia, sus amigos. Aunque no, en realidad no, esa clase de pensamientos le aburren, intenta descartarlos siempre que puede, es decir, varias veces al día.

No ha cejado de pensar en eso desde las primeras horas de su llegada a Tokio, hace ya tres semanas, y siguió haciéndolo mientras recorría el sudoeste del país. En las últimas setenta y dos horas, sin embargo, no le dio tiempo a ello, salvo ahora, porque está solo a este lado del bar y Yûko está sola al otro lado del cristal. En el fondo, la

verdadera cuestión estriba en saber qué diantres pueden estar haciendo los unos y los otros en México y si hay gente, Alicia sin duda, tal vez Javier, algunos pocos amigos como mucho, que piensa en él. Sus padres deben de estar hablando de él hasta el agotamiento, nerviosos y exasperados, tratando una y otra vez en vano de contactar con él. Sin duda, habrán saturado su contestador del móvil, su correo electrónico; no cabe duda de que también habrán acosado a Javier, al ser su mejor amigo. Conoce a Javier, sabe que les dirá la verdad: Guillermo se ha ido a Japón hace ya tres semanas, pero no hay que preocuparse, no es la primera vez que se marcha solo, es un solitario, ya lo saben ustedes, no tengo noticias tuyas. Sólo les mentirá al pretender que los avisará de inmediato en caso de tenerlas. Guillermo se dice que sus padres no se darán por satisfechos con las respuestas de Javier. Irán a casa de Alicia, y esta les contestará con voz trémula que el asqueroso de su hijo ni siquiera se ha dignado a prevenirla de su marcha. Es de los que salen a comprar tabaco y regresa tres semanas después, sonriente y totalmente dispuesto a hablar de la magnífica gente a la que ha conocido durante todo ese tiempo en que os devanabais los sesos y os hacíais mala sangre por él.

A Guillermo le gusta Alicia. Aun así, ahora está con una chica mucho más interesante, una chica que tiene agallas y a la que le gusta el sexo y divertirse y bailar (al revés que a Alicia), y hablar, además, de ciencia ficción. Se sabe a Philip K. Dick de memoria, se ha criado con el manga, ha visto *Akira* y *Ghost in the Shell* antes de los diez años, lo que supone un cambio maravilloso con respecto a Alicia y las chicas con las que acostumbra a salir. La imagen de sus padres lo atraviesa como una especie de chispazo eléctrico, pero enseguida desaparece, desvaneciéndose por algún lugar de los meandros de su cerebro. Tiene el tiempo justo de felicitarse por estar sin móvil ni



ordenador. Por fortuna, perdió su teléfono dos semanas antes y jamás se le ocurre revisar sus *mails* cuando entra en un cibercafé. Para él, lo único que cuenta de veras es viajar e irse a descubrir el mundo, recorrer esos países que le interesaron desde siempre: Estados Unidos, la India, Japón. A su modo, quiere verificar si lo real está a la altura de sus sueños, de sus deseos. Hay lugares alojados en su mente y querría tener la certeza de que poseen un poco de ese espíritu que él les atribuye. Fantasmas, imágenes, EE.UU. ha grabado a fuego su ruta 66 en plena mitad de su cerebro y la India, una senda hacia el Nepal.

Y luego está esa otra pasión, verídica y antigua, tan vieja como los recuerdos de infancia: Japón. Una hermosa pasión jamás desmentida desde que la descubriera de verdad, como el sexo, el alcohol y otras pasiones inconexas y fútiles, la droga en más o menos todas sus modalidades y, en un plano más íntimo, las canciones de Bob Dylan y la voz triste y dulce de Chet Baker.



Ahora agacha la mirada, en primer lugar por no seguir contemplando a Yûko, dejándole traslucir así lo mucho que le fascina. Pero, si baja los ojos hacia sus manos, si quiere ponerse a contar el desfase horario con los dedos, es ante todo por dar al traste con esa pregunta que lo corroe cual mancha indeleble de la que uno cree haberse librado, pero que siempre reaparece, ese «qué hora será allí» como un tótem, una frase mágica que todos los turistas y viajeros se plantean en algún momento de su viaje, cuando osan lanzar una mirada sobre el espacio del que provienen, ese lugar del que pueden permitirse creer que es sólo un tiempo de su vida, únicamente el pasado. México es ante todo el pasado. Aun si en principio es también su porvenir, ya que se presupone su vuelta, algo que —de momento lo ignora— nunca sucederá.





En realidad, lo que Guillermo no puede saber todavía es que esta misma tarde comprenderá de golpe, y entre otros muchos millares, que ya no tendrá más ocasión de volver a ver ni México ni a nadie, que ya no habrá siquiera oportunidad de un futuro. Apenas si le dará tiempo a cobrar conciencia de ello cuando ya será demasiado tarde, en menos tiempo del que se necesita para decirlo e incluso pensarlo, en menos tiempo, sobre todo, del que se requiere para combatir la mera idea y tratar de huir, de imaginar que se huye, Guillermo estará muerto.

Pero de momento Guillermo piensa alegremente que la aventura japonesa no es nada más que un bonito paréntesis llamado Yûko.



Agacha la mirada para observar sus dedos y sus labios empiezan a formar cifras y números. Tiene el aliento aún cargado de café, de té y, en especial, de los efluvios del alcohol que lleva trasegando desde hace dos días casi sin interrupción. Intenta articular palabras, reencontrar su español; su lengua natal se esfuerza por desembarazarse de esa boca que lleva tres semanas expresándose en un inglés de aeropuerto. Intenta seguir contando con los dedos, pero sus manos tiemblan todavía, a causa de esa noche en blanco de la que no es posible escapar porque aún perdura en su interior, a pesar de que hace ya horas que despuntó el día con una luz hiriente y escandalosa que agrede la vista. La noche anterior bebieron y esnifaron coca con dos tipos de cabellos teñidos de amarillo, uno de ellos exhibía un arete en la nariz. Luego, salieron y tres o cuatro tipos los agredieron. Guillermo había dejado que Yûko los abroncara, los había oído reír —¿albergó tal vez la sospecha de que ella los conocía?—, y no había duda de que se habían peleado, puesto que se despertó sobre una fría baldosa de hormigón, con una ceja algo herida y el vaquero roto a la





altura de las rodillas. La tela tenía manchas de sangre, y su dinero y su reloj habían desaparecido. Se acuerda vagamente de la esnifada de coca, de los dos tíos con el pelo amarillo, de la luz y los neones, de la música tecno a tope, del contoneo de Yûko, de sus ganas de bailar y, por encima de todo, de su boca ávida, así como de la llaga que le causó en la lengua el piercing en forma de clavo que ella lleva justo debajo del labio inferior.

Conserva desde entonces en la boca ese regusto a sangre infecto y delicioso. Esa dulzura que roza lo nauseabundo cuando escupe en el lavabo del minúsculo cuarto de baño de Yûko, y un hilo rosado deja en su esmaltada superficie una mancha que se asemeja a un blando y goteante tulipán.



Desde que tres semanas atrás saliera de México, Guillermo se ha pasado el tiempo recorriendo a solas el sur y el oeste de Japón, y a fuerza de saltar de una ciudad a otra, de un pueblo a otro, ya no sabe demasiado dónde se encuentra. En un país cuyo idioma es tan abstracto como un lienzo de Pollock, una lengua que se le antoja carente de gramática, de orden establecido, que habla por estallidos explotándole en los oídos como millares de haces luminosos que irradiaran el espacio en todas sus direcciones, se dice que este es tan poético y misterioso como la forma perfecta de un círculo. Piensa en todas esas imágenes que ha acumulado durante tres semanas, en las formas serpentinadas del metro de Tokio, en las gentes que ha conocido y, por fin, en ese instante en que, camino de la capital, decidió buscar una chica.



La encontró por Internet y había telefonado balbuceando en inglés, como siempre que salía al extranjero. Llevaba ya tres semanas sin tocar a nadie y le apetecía reunirse con una chica que estuviera lo

bastante rayada como para acostarse de buenas a primeras con un desconocido y que le proporcionara con qué drogarse, pues le habían entrado ganas de drogas y de alcohol, había sentido necesidad de sexo y de música, de divertirse como sabía hacerlo, a lo grande y con exceso, para reponerse de esa cura de soledad donde sólo se topó con tipos que circulaban en blancas Datsun por regiones en que las localidades son nada más que un cruce entre dos calles desiertas, donde había dormido en cuartos fríos y húmedos, con frecuencia sombríos, y había comido en unos ryokan donde sus únicos compañeros se despejaban en viveros de peces y lo observaban mientras nadaban perezosamente entre rocas artificiales. Encontró a Yûko en una página donde a ella le gustaba contactar con hombres de paso. A Guillermo se le antojó la mujer de sus sueños (se ajustaba incluso exageradamente a sus deseos).

Contaba si acaso dieciocho años, o tal vez más, ya que las japonesas aparentan todas un aspecto extremadamente juvenil, incluso las mujeres maduras tienen algo muy joven. Decididamente, han de ser muy viejas para que los rostros se decidan a desvelar sus años. La idea de preguntarle su edad se le pasó por las mientes cuando se vieron, pero la dejó correr porque a ambos les pareció que había maneras más urgentes de empezar a trabar conocimiento. Yûko trabajaba hasta hace una semana en un «pub lencero» de Kabukichô, en Shinjuku, pero se había despedido tres días antes, no sólo porque estuviese harta de tirarse las veladas sirviendo copas en bragas y sujetador, sino porque no había ni un alma en ese bar, que acabaría echando el cierre más pronto que tarde, de eso estaba segura. El lugar era demasiado rancio; su ambiente, demasiado anticuado, y las noches resultaban tan mortalmente aburridas que había optado, casi que a modo de distracción, por pelearse de una vez por todas con el jefe.